



Crónica Literaria

Por ALONSO

699.220

"El Campo Chileno de Antaño y Hoy", por Francisco Manríquez Belmont (Arancocha Hnos.).— "Oh, acuérdate, acuéntame y alégrame de los pasados días...", pedirá por el epígrafe de este libro, especie de historia anecdótica de las grandes haciendas y su glorioso porfiriato, tustos y fealdad.

Si. No los tenemos, a las palabras, aunque sobre ellas está floviendo maltratación. El señor Manríquez sabe de cómo vienen y a dónde van; pero ella es la memoria. Parece un libro de buen humor y las puertas de la "COMA" se precavan contra él. Déjase por momentos, al recorrer sus páginas ligras y agradables, que "ahí ya ha pasado nada", que aún no ha llegado a Chile la barroquidad y que todavía se pasa por nuestros campos el fantasma de los viejos agricultores, activos e individualistas, finos e interesados, que así se arrastran heroicamente.

Todo se debe a que el señor Manríquez ama el campo, la naturaleza y los árboles con verdadero amor.

Conserva una imagen de la vida campesina comparable a la que evoca una página de don Claudio Gay, que él reproduce. "Las haciendas —dice— no son sólo máquinas productoras, sino manifestaciones de placeres y felicidades, muchas veces preferibles a las ciudades". Las escuelas que formaba para las plantaciones de la Quinta Normal con especies aborígenes son de un tálpi y un árbol.

"A la forma elegante del pino araucario, del ciprés, del alerce —dice—, vendrán a reunirse árboles de una hermandad no menos digna de admiración, sea por la mestiza división de su follaje, sea por la abundancia, forma y color de sus flores: es así como el magueiro o aliso, el lílar, el ciruelo o melo, el romerillo y un sinnúmero de especies de ciprés, de "sico-cunillas" y de arroyales, no aguardan más que ser introducidos en los jardines de la Quinta Normal para poder, reunidos al muelle, peame y roble, disputar el derecho de preferencia sobre todos los árboles exóticos, que el hijo de la civilización ha introducido con grandes gastos..."

En un libro para una antología del árbol que podría leerse en las escuelas.

Para, a diferencia de la escuela chilena, el señor Manríquez no se embolsa con el paisaje hasta perder de vista al petatejero: su libro está entrecruzado de tipos, escenas y diálogos de una clásica trama anecdótica que se resume en un párrafo por Chile, sus cielos, sus parques, sus cultivos, sus patrones y sus sirvientes, en sucesión rápida, arácnida.

Ningún árbol etnológico o geográfico lo distrae; es una extracción libre y al soar, un vagabundo que apenas se detiene lo justo para coger un perfil, relatar una anécdota, o pastar una leyenda.

Un día estabas en París; asistimos a la Exposición Universal de 1889 y pretendíamos el tránsito de los vicos chilenos. Una carta de don Augusto Matte a un amigo de París le da la buena nueva de que los jardines "han declarado que nuestro país —Pag. 183— no tiene otro competidor que Francia en materia de tipos típicos, reservados por tanto al segundo lugar y dejando atrás de nosotros a Italia, Hungría, España, Estados Unidos, Argentina y otras naciones. De las ciento y tantas especies exhibidas no hay una sola o más que no hayan merecido alguna distinción. Esto nos tiene contentísimos, porque los jardines que se abren para Chile son inmensos..." ; Salud!

Otro día estabas en Aculeo, mas no para admirar la famosa laguna, sino oír la leyenda de su raza de caballos, los majeros de Chile, como por la demás también se llaman ellos, que en esto no hay esterilidad infalible, fuera de la reconocida sin discrepancias a don Francisco Encina, quien, como en tantas cosas, desde las más altas de filosofía hasta las más pedestres y de cuatro patas, era hombre siempre "may de a caballo", fomes las riendas y el estribo, pese a los que han querido desmontarlo; porque reconocería una estaca cruzada, en el recinto de la Sociedad Nacional de Agricultura. Desde ahí, a golpe tendido, nos trasportaron a las regiones magallánicas, donde se dio el más inteligente y humanizado equino, el "Alonso", el perro sin par que tuvo un fin patético; sintiéndose morir, una tarde, sacó fuerzas de flaqueza, abandonó el patio de las habitaciones y, después de romper una puerta de las cañas, se derrumbó en la galería, a los pies de su amo.

Don Francisco Manríquez es iragotable; se ve que el material le sobra, y lo estruja.

Ahora penetramos al Parque de Pudahuel. Su larga historia, iniciada en los tiempos colocolos, estancó y creció, ya con la de dos propietarios, a decir verdad, harto singulares campesinos. Don José Arrieta, Ministro ad honorem y ad perpetuam del Uruguay, cocano del Cuerpo Diplomático, podría decirse que se extendió nada de trabajos agrícolas. Para estender de libros de cuentas, pesaba el gusto de los números. Con ellos y ellos a la vista, sabía desde su escritorio más que administradores y registros, los días instrucciones, los había reproducidos y dirigía preguntas que los dejaban perplejos. Lo creían buejo. Tampoco nadie habría podido pensar a su hijo, don Luis Arrieta Casas, por un hábito continuado, vendiendo recorrer los parques armado de una partitura de Wagner o escuchando en sus salones conciertos de aficionados que iban a escuchar nuestro gusto musical por nuevos rumbos, técnicos, ejecutivos y críticos tan consumado, que, criticándose a sí mismo, se quedará al silencio, colgó el violín y se dejó al papel de árbitro.

El señor Manríquez Belmont se pretende sentir plaza de poeta al presente; pero hay algo más que apuntar y cronar para un poema en muchas de sus páginas. Viene, por ejemplo, la sucesión y sucesiva descripción del río Cautín, que se junta con el Tercero. "El único río de Chile que corre de sur a norte", como el Guirapán, el río.

"El Ud. mira su corriente para orientarse —Pag. 221—, está perdido. El Tercero corre de cordillera a mar, como todos los ríos del territorio, pero sus aguas llevan un "málgro".... Entre las regiones más insostenibles que una pueda imaginarse. Su temperatura en el invierno no es fría, y en verano es de agradable frescura... Probablemente por cruzar terrenos de topografía muy estrata, en cualquiera parte se le puede sacar un canal o hacer carpentería; él está siempre dispuesto a todo". Le toca una quinta de enormes parcelas; para no molestar cuando se haga la cosecha, se convierne en una especie de laguna queña y sus aguas cristalinas hacen ver más grandes peces y macomas. A campo abierto se desfilan tranquilos, de vista a los afloramientos y dejándose acariciar por sus guirapán. Así atraviesa los terrenos más secos de la provincia de Maule. A veces, avergonzados de su monotonía, se entregan a saltos y juegos increíbles, hace cosas de niño, forma pequeñas volutas, mueve ruedas de molino, empuja barcos y molinos; después vuelve a enseñar sus narces curvas en enormes barrancos, alimenta volutas de aves, llega a las pajas de las patotas para darle de beber. Los pájaros lo comen, así variedades acompañan su curso saltando las líneas, que no hacen amistad con nadie; los lobos, presas a pescar en la banda; los chinosos y el charrón vigilante que cualquiera cuando ve un peligro, gritando para avisar la presencia de esteros o ríos. Hay también el piden de largas patas y el quechano, que no las tiene cortas y adierte con voces distintas cuando ve a un perro o a una persona. La machadumbre alada se le impide al Cautín mover al río largo, de carne superior a la trucha o el coigro, y lo aculla en sus charcas protectoras, codicia del petatejo.

Cuanta los chorreos supersticiosos que en un bosquejo de sus márgenes se oía, al entrarse el sol, un coro de voces rezando un confuso rosario. Nadie se atreve a acercarse allí para averiguar el misterio, hasta que uno, convencido por el vicio, exploró esos lugares y descubrió la causa del prodigio: una banda de locos pasados en las copas de los árboles, instruidos por uno que criaron los dominicos de Cauquenes, repetían con el instinto de su raza los murmullos que aquél había escuchado en el convento.

Se ha dicho que a nuestro país, para ser tierra de barcos, le hacen falta leyendas, recuerdos, la historia pictórica que lleva caravanas de curules hacia el Viejo Mundo.

El apéndice semilento de "pequeñas historias" que el señor Manríquez va concentrando a un paso por el territorio nacional muestra que lo que nos falta, en realidad, no son expectativas, sino espectadores, papas secas, odos finos, viajeros con facultad de observación y la indispensable fantasía para "recrear", en ambos sentidos, el paisaje y al que lo concuepla.

La Dirección General de Turismo debería nombrar a don Francisco Manríquez —de dignas alías— consejero encargado de su preparación.

El campo chileno de antaño y hogaño [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El campo chileno de antaño y hogaño [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile